

DESACREDITANDO EL MITO DEL RETORNO Y LA INTEGRACIÓN EN DOS NOVELAS DE LA DIÁSPORA CARIBEÑA*

Himanshi Chandervanshi

Introducción

La edad moderna se caracteriza por un excepcional aumento de movimientos globales facilitado por “las tecnologías modernas del transporte y las comunicaciones de finales del siglo xx y principios del xxi” (Ciment y Radzilowski, 2015: 4). Emigrar al extranjero es más fácil que nunca y muchas personas abandonan voluntariamente su país para establecerse en otro lugar y mejorar su nivel de vida; no obstante, no todas las migraciones son voluntarias, y los países marcados por gobiernos inestables y disturbios civiles obligan a sus ciudadanos a mudarse por seguridad y supervivencia: “Las fuerzas que atraen u obligan a las personas a trasladarse a [...] cualquier destino de inmigración [...] son variadas y complejas. Las personas pueden verse forzadas u obligadas a abandonar sus hogares porque la vida ahí se vuelve insostenible o desagradable” (Ciment y Radzilowski, 2015: 4). Por lo tanto, la migración, voluntaria o forzada, conduce a la formación de comunidades diaspóricas.

El término diáspora en su uso tradicional estaba principalmente limitado a la experiencia judía y se concebía como “resultante de un evento cataclísmico que traumó al grupo, creando así la experiencia histórica central de la victimización a manos de un opresor cruel” (Cohen, 2008: 1); sin embargo, la visión contemporánea del fenómeno ha sufrido un cambio, como argumenta William Safran en “Diasporas in Modern Societies: Myths of Homeland and Return”: “Hoy ‘diáspora’ y, específicamente, ‘la comunidad diaspórica’ parecen usarse cada vez más como designaciones metafóricas para varias categorías de personas: expatriados, expulsados, refugiados políticos, residentes extranjeros, inmigrantes y minorías étnicas y raciales” (Safran, 1991: 83). Por lo tanto, el significado de “diáspora” se ha ampliado.

* La traducción del inglés al español de este artículo es de Abril Aguilar.

Una característica que define la experiencia diaspórica es mantener los lazos con el país de origen. Rogers Brubaker también identifica “tres elementos centrales” que construyen la diáspora, a saber: “la dispersión en el espacio; [...], la orientación al país de origen y [...] el mantenimiento de límites” (Brubaker, 2005: 5). Hace hincapié en la orientación al país de origen. Como tal, la diáspora conserva un anhelo por el hogar y a menudo la orientación hacia la patria crea un fuerte deseo de regresar a ella: “las diásporas están orientadas hacia el pasado y perseguidas por los mitos del retorno” (Abbink *et al.*, 2001: 78).

Este capítulo se centra en las experiencias de Cuba y la República Dominicana desde la perspectiva conflictiva sobre el regreso del sujeto diaspórico, a través del análisis de dos novelas caribeñas sobre el tema: *Soñar en cubano* (1992), de la cubanoestadounidense Cristina García, y *De cómo las muchachas García perdieron el acento* (1991) de la dominicana Julia Álvarez.

El contexto de emigración

Cuba es una nación insular en la región caribeña, la séptima isla más grande del mundo y la mayor del Caribe. Fue una colonia de la España imperial hasta finales del siglo XIX y se independizó en 1898, “casi ochenta años después que la mayor parte del resto de Hispanoamérica” (Chaffee y Prevost, 1992: 1). Después de la independencia, el liderazgo más característico fue el de Fulgencio Batista (1901-1973). Electo presidente en 1940, Batista dio un segundo golpe de Estado en 1952 y gobernó como dictador hasta 1959, cuando los soldados revolucionarios dirigidos por Fidel Castro tomaron el poder.

El régimen del comandante Castro marcó la diferencia entre Cuba y las naciones del hemisferio occidental de formas significativas y Cuba se convirtió en el “único Estado en las Américas dirigido por un partido comunista” (Chaffee y Prevost, 1992: 1). En cuanto a la formación de la diáspora cubana en Estados Unidos, ésta fue detonada por los complejos cambios revolucionarios en Cuba y la respuesta de Estados Unidos frente a ellos, que incluyeron, entre otras medidas, el fomento de la migración (Masud-Piloto, 1996: 2), puesto que “su revolución de 1959 se convirtió en la mayor reestructuración política, social y económica vista en cualquier sociedad en Latinoamérica desde el siglo XVI” (Chaffee y Prevost, 1992: 1).

La migración cubana a Estados Unidos es un fenómeno histórico: “desde finales de 1960, ha habido un gran número de migraciones cubanas [...] los cubanos empezaron a migrar a Estados Unidos y Europa al estallar la guerra por la independencia en octubre de 1868” (Masud-Piloto, 1996: 7) así como “durante las primeras cinco décadas del siglo xx, grupos más pequeños de migrantes cubanos llegaron a Estados Unidos para escapar de la turbulencia política en Cuba” (Masud-Piloto, 1996: 7); no obstante, esa migración experimentó un aumento sin precedentes luego del ascenso de Fidel Castro al poder en 1959, debido a que un gran número de personas no pudieron aceptar la forma de vida y de gobierno: “Desde el primero de enero de 1959 al 22 de octubre de 1962, aproximadamente 248 070 cubanos emigraron a Estados Unidos. Los primeros en irse fueron aquéllos cuyas posiciones de poder los ataban al antiguo régimen ... no todos los que se fueron durante esta primera oleada fueron afectados por el régimen de Batista; sin embargo, miles de personas se vieron afectadas negativamente por la agitación social y económica del nuevo gobierno revolucionario” (García, 1996: 13).

Estas personas que dejaron Cuba encontraron refugio: “Por primera vez, Estados Unidos se convirtió en un país de primer asilo para un gran grupo de refugiados políticos que huían de un país comunista en el hemisferio occidental. El gobierno estadounidense... practicó una política de ‘puertas abiertas’ frente a quienes huían del régimen de Castro” (Masud-Piloto, 1996: 2). Esto explica la formación de una gran diáspora cubana allí.

República Dominicana también es una nación insular de la región caribeña y comparte la isla La Española con Haití, y es “el segundo más grande de los países de habla hispana de las Antillas mayores, que se refiere a las cuatro islas más grandes del Caribe” (Zakrzewski Brown, 1999: 1) siendo Cuba, Puerto Rico y Jamaica las siguientes tres. El país tiene una historia compleja: “los dominicanos tuvieron que pelear por su independencia varias veces. A través de su historia, República Dominicana ha estado sujeta a la influencia de poderes externos” (Zakrzewski Brown, 1999: 1). Desde los tiempos de su historia colonial, cuando comenzaron con los relatos de los asentamientos de Colón en La Española, la República Dominicana “ha estado bajo el dominio de dos potencias coloniales, España y Francia, así como de sus vecinos, Haití y Estados Unidos” (Phillips, 2010: 18) hasta su independencia en 1844. A diferencia de otras naciones latinoamericanas, logró su independencia de Haití, no de España, y continuó lidiando con

problemas de gobernabilidad. Su historia política ha sido bastante tumultuosa y “sólo durante las últimas décadas ha comenzado a desarrollar alguna forma de estabilidad política” (Phillips, 2010: 14).

En este contexto, la migración dominicana a Estados Unidos es un fenómeno histórico que precede a su nacimiento como nación independiente, rastreable incluso “desde la primera mitad de siglo XIX” (Torres-Saillant y Hernández, 1998: 11). La migración dominicana a Estados Unidos se detuvo cuando el general Rafael Leónidas Trujillo se convirtió en dictador en 1930, lo cual condujo a “treinta años del más sangriento reinado de terror que los dominicanos hayan experimentado a lo largo de su historia” (Torres-Saillant y Hernández, 1998: 29). Su migración fue altamente controlada durante la dictadura, ya que Trujillo “la reguló personalmente [...] manteniendo un estricto control sobre las visas de salida” (Atkins y Wilson, 1988: 91). Sólo las elites y los disidentes políticos huyeron para proteger sus vidas. Fue hasta después de su asesinato, en 1961, cuando una oleada de dominicanos comenzó a irse a Estados Unidos, lo que llevó a la creación de una gran diáspora allá e hizo de estos ciudadanos el cuarto grupo hispano más grande en ese país (Weaver *et al.*, 1994: 155). Tanto Cuba como República Dominicana, por lo tanto, han visto olas de migración a Estados Unidos más o menos alrededor del mismo periodo, es decir, los años sesenta, volviendo a ese país el segundo destino más buscado por sus migrantes.

Corpus de estudio

Cristina García nació el 4 de julio de 1958 en La Habana, Cuba. Su familia abandonó el país en 1960 tras la confiscación de sus propiedades por parte del nuevo gobierno comunista. Creció en Brooklyn y, después de haber hecho carrera en el periodismo, recurrió a la escritura de ficción. Su regreso a Cuba en 1984 despertó su interés por escribir sobre las “memorias e historias de su infancia y familia” (Cengage Learning GALE, 2016). Comenzó a trabajar en su primera novela en 1989, y en 1992 publicó *Soñar en cubano*, que recibió críticas positivas. La autora también es aclamada por novelas como *Las hermanas Agüero* (1997) y *The Lady Matador's Hotel* (2010).

En *Soñar en cubano*, García describe la revolución cubana de 1959 para señalar cómo los cambios políticos dieron lugar a un ambiente socioeconó-

mico distinto. La cubana entreteje las historias de tres generaciones de mujeres y destaca el impacto de la revolución en sus vidas. En la novela, la matriarca de la familia del Pino apoya la revolución, mientras que su hija Lourdes resiente el gobierno comunista. Eventualmente, ella abandona Cuba con su esposo Rufino Puente, llevándose a su hija, Pilar, de dos años, quien conserva una nostalgia por su país de origen y mantiene la esperanza de regresar con vida.

Julia Álvarez es una escritora dominicoestadounidense nacida el 27 de marzo de 1950, de padres dominicanos, en la ciudad de Nueva York; sin embargo, la familia se mudó a República Dominicana y permaneció ahí hasta el cumpleaños número diez de Julia, después del cual se vieron obligados a huir otra vez tras el involucramiento de su padre en un plan secreto para derrocar al dictador Trujillo. La familia nuevamente se mudó a Estados Unidos y Julia comenzó a dar clases en la Universidad de Middlebury, en Vermont. *De cómo las hermanas García perdieron el acento* (1991) fue su primera novela y con la cual ganó el premio PEN Oakland/Josephine Miles. Otras de sus obras notables son *En el tiempo de las mariposas* (1994) y *¡Yo!* (1997), así como una numerosa colección de poesía.

En *De cómo las hermanas García perdieron el acento*, Álvarez describe cómo la dictadura de Trujillo se volvió sofocante para la familia García, que después de la participación de su padre en una conspiración clandestina para derrocar al dictador, huyó para sobrevivir.

Ambas novelas, de García y Álvarez, subrayan un patrón similar de migración y se muestra la nostalgia diaspórica. El deseo por regresar al país de origen es continuo para Pilar, en *Soñar en cubano*, y para Yolanda, en *De cómo las hermanas García perdieron el acento*. Ambas crecieron en Estados Unidos, pero no pertenecen a ese territorio; se sienten fuera de lugar en el país anfitrión y desean regresar a sus patrias para establecer un sentido de pertenencia. Es interesante que tanto Pilar como Yolanda logran llegar a su país de origen sólo para descubrir su incompatibilidad con él, lo cual las hace darse cuenta de que el regreso y la integración exitosa a la patria es un mito.

En su novela, Cristina García destaca los factores que marcaron un cambio en la estructura socioeconómica de Cuba tras el éxito de la revolución. Por ejemplo, plasma la reforma agraria en gran escala que tuvo lugar en su país: “Castro instituyó una serie de reformas socialistas, incluyendo la

expropiación de empresas privadas y la eliminación de disidencia. También introdujo una planificación centralizada al estilo soviético para dictaminar el uso de los recursos cubanos... [y] la incautación agresiva de bienes privados” (Dieterle, 2017: 99). Por tanto, la propiedad de Rufino Puente, que incluye casinos, así como “uno de los ranchos más grandes en la isla [donde] había ganado vacuno y lechero, caballos, cerdos, cabras y corderos” (García, 1992: 28), es confiscada por el gobierno, y dos soldados “le entregaron a Lourdes un documento oficial declarando la finca de los Puente propiedad del gobierno revolucionario” (García, 1992: 70). Además, los dos soldados abusan del poder y la autoridad que se les otorgó, y violan a Lourdes resaltando: “las guerras y los conflictos, dondequiera que sean luchados, conllevan invariablemente altos niveles de violencia contra las mujeres y las niñas” (Amnistía Internacional citada en True, 2012: 113).

A raíz de estos incidentes, a los Puente les resulta imposible vivir en Cuba y deciden mudarse a Estados Unidos: “entre 1959 y 1962, aproximadamente 250 000 cubanos emigraron a Estados Unidos. Algunos siempre habían detestado a Fidel Castro; otros estaban horrorizados por la atmósfera ‘orwelliana’ que había acompañado a su revolución: ejecuciones sumarias, arrestos arbitrarios, juicios espectáculo y la suspensión de las libertades civiles básicas” (Wright y Wylie, 2009: 12).

Julia Álvarez describe una situación similar en República Dominicana bajo la dictadura de Trujillo, quien “estableció uno de los regímenes autoritarios más largos y represivos de América Latina, caracterizado por episodios de carnicería extrema intercalados con formas cotidianas de terror, como secuestros al azar, vigilancia generalizada y formas institucionalizadas de ridiculización [que] hicieron de la disidencia una imposibilidad en suelo dominicano” (Derby, 2009: 2). Ella describe que la participación de Carlos García en un complot para derrocar al dictador hizo que casi lo asesinaran (Álvarez, 2004: 217), pues “los opositores políticos se encontraban con una muerte rápida que podía incluir espectáculos escalofriantes para difundir el efecto demostración” (Derby, 2009: 2).

Julia enfatiza que el régimen se caracterizó por su control extremo: “Cada palabra, cada gesto, un posible campo minado; cuida lo que dices, mira por dónde caminas” (Álvarez, 2004: 211). Lo anterior hizo que para la familia García fuera imposible quedarse en República Dominicana y también se trasladaron a Estados Unidos. Así, las familias de Pilar y de Yolanda

se convierten en representantes de los muchos cubanos y dominicanos obligados a abandonar su país por circunstancias similares.

Tanto *Soñar en cubano* y *De cómo las hermanas García perdieron el acento* muestran el dolor que viene con la separación de la patria, especialmente en el momento de las migraciones forzadas. Como Pilar y Yolanda aún son niñas cuando dejan su hogar, ambas experimentan un sentido de angustia y dolor al dejar su país. Pilar sólo tenía dos años cuando abandonó Cuba, pero recuerda la dolorosa separación de su hogar y de su abuela Celia: “Estaba sentada en el regazo de mi abuela, jugando con sus pendientes de perlas... mi madre intentó llevarme, pero me aferré a mi abuela y grité con todas mis fuerzas” (García, 1992: 26). La migración a Estados Unidos de Pilar es una experiencia triste que inicia un proceso en el cual dichas intimidades se hacen añicos (Werbner, 2013). Pilar se muda a un lugar desconocido habitado por personas desconocidas, dejando atrás las relaciones vividas y continuas cara a cara (Werbner, 2013) con su familia, particularmente con su abuela.

Como Pilar, la separación de Yolanda de su patria es angustiante, simbolizada por la separación de una niña de su madre. Justo antes de abandonar República Dominicana, Yolanda, siendo pequeña, separa a un gatito de su madre sabiendo que “quitárselo sería una violación a su derecho natural” (Álvarez, 2004: 285). Así, ella es atormentada por la gata, que “aparecía otra vez junto a mi cama” (Álvarez, 2004: 289) e incluso años después de su partida a Estados Unidos, sigue atormentada: “Me despierto a las tres de la mañana y miro a la oscuridad. A esa hora y en esa soledad, la escucho; una cosa de pelaje negro acechando en los rincones de mi vida, su boca magenta abierta gimiendo por alguna violación” (Álvarez, 2004: 290). La recurrente presencia de la gata en la vida de Yolanda simboliza el dolor de ella misma por haberse separado de su patria, e incluso muchos años después de haberse establecido en Estados Unidos, sigue angustiada por la violación que constituyeron su migración y posterior separación de la seguridad de su tierra natal.

Tanto Cristina García como Julia Álvarez destacan cómo las características externas como el paisaje, el clima, etcétera, hacen una diferencia marcada entre la patria y el país anfitrión que dificulta la adaptación de la diáspora. En *Soñar en cubano*, Pilar observa la diferencia entre La Habana y Nueva York: “el aire era diferente al de Cuba. Tenía un olor a humo frío que helaba mis pulmones” (García, 1992: 32). En su descripción de Nueva York, realza el frío de la ciudad que contrasta enormemente con el calor tropical de Cuba. Yolanda

vive de manera similar el frío: “Los meses se volvieron fríos, noviembre, diciembre. Estaba oscuro cuando despertaba en la mañana, helado cuando seguía mi aliento rumbo a la escuela” (Álvarez, 2004: 167). Notablemente, el frío simboliza la hostilidad a la que Pilar y Yolanda se enfrentan; la frialdad del invierno neoyorkino tiene un lugar en la narración sobre el país anfitrión. Después de haber dejado el calor tropical de sus naciones insulares, ambas niñas se enfrentan a un clima duro que simboliza la fría realidad de su estancia en Estados Unidos.

En medio del paisaje neoyorquino, Pilar intenta crear un sentido de familiaridad y asociación con su patria: “Yo me ponía a correr sobre las hojas amontonadas para oír las crujir como las palmeras durante los huracanes en Cuba. Pero luego me sentía triste al ver las ramas desnudas y pensaba en abuela Celia” (García, 1992: 32), lamentándose por la abuela y preguntándose “cómo habría sido mi vida si me hubiera quedado con ella” (García, 1992: 32).

Cristina García y Julia Álvarez relatan cómo Pilar y Yolanda pasan una vida como sujetos divididos en el país anfitrión, y la migración y la diáspora engendran a un sujeto dividido, una realidad fracturada (Werbner, 2013). Incluso después de haber pasado una parte considerable de sus vidas en el extranjero, tanto Pilar como Yolanda se sienten fuera de lugar ahí. Pilar no logra hacer de ese entorno su hogar: “Aunque he estado viviendo en Brooklyn toda mi vida, no me siento como en casa” (García, 1992: 58) corroborando el argumento del sociólogo austriaco Alfred Schütz: “‘sentirse como en casa’ es una expresión del grado más alto de familiaridad e intimidad” (Schütz citado en Werbner, 2013: 370).

Pilar no siente ningún tipo de familiaridad ni intimidad donde está, sitio que sigue siendo distante, indiferente y frío para ella. De esta forma, la sensación de “estar como en casa”, que connota el nivel más alto de familiaridad y comodidad, le sigue siendo ajena: “Las casas están hechas de ladrillos y cemento, es decir, son una realidad física. Aun así, también pueden ser parte de nuestra imaginación y anhelo de pertenecer y estar ‘en casa’” (Agnew, 2005: 15). Debido a este sentimiento hacia el país receptor, Pilar conserva la nostalgia por su patria: “La mayoría de los días, Cuba está como muerta para mí pero de vez en cuando me pega una ola de nostalgia” (García, 1992: 137-138). Influida por su abuela Celia, con quien se siente “mucho más conectada... aunque no he visto a mi abuela en diecisiete años” (García, 1992: 176), ella mantiene una conexión con su patria y conserva “un amor

por el mar y la suavidad de las perlas, un aprecio por la música y las palabras” (García, 1992: 176). Al mismo tiempo, es consciente de que se aleja de su patria con el paso del tiempo: “Cada día Cuba se desvanece un poco más dentro mí, mi abuela se desvanece un poco más dentro de mí” (García, 1992: 138). Tras su migración, Pilar, como un típico sujeto de la diáspora, pierde una especie de conexión íntima con los paisajes y la familia y la tradición (Werbner, 2013) del país de origen y lamenta esta pérdida de familiaridad conservando un anhelo por el mismo: “Los individuos diaspóricos pueden sentirse constantemente divididos entre ‘aquí’ y ‘allá’, entre sus países de origen y sus países de residencia” (Agnew, 2005: 16).

Yolanda también lidia con una sensación de pérdida “sin realmente saber lo que se ha estado perdiendo” (Álvarez, 2004: 12). A pesar de una extensa estancia en Estados Unidos, tampoco se siente como en casa ahí, lo cual suscita preguntas pertinentes respecto a la naturaleza del hogar para el sujeto diaspórico: “¿Qué es el hogar? ¿El lugar donde nació? ¿El lugar donde crecí? ¿El lugar donde vivo y trabajo como adulto? [...] ¿Es un espacio geográfico, un espacio histórico, un espacio sensorial emocional?” (Chandra Talpade Mohanty citada en Dunlop, 2005: 147). Ella “cree que nunca se ha sentido como en casa en Estados Unidos, nunca” (Álvarez, 2004: 12) y eso la hace sentirse nostálgica de su patria y fomenta en ella un anhelo de sentirse “en casa”. Así, su posición corrobora el argumento de Stuart Hall, de que aunque nunca puedes volver al pasado, tienes una sensación de pérdida. Hay algo que has perdido (Werbner, 2013).

Ambas protagonistas, por tanto, además de no lograr sentirse “en casa” en el exilio, manifiestan una especie de doble conciencia: “Quienes viven en la diáspora tienen una doble perspectiva: reconocen una existencia anterior en otro lugar y tienen una relación crítica con la política cultural de su hogar actual, todo ello dentro de la experiencia del desplazamiento” (Hua, 2005: 195). Pilar y Yolanda, entonces, siguen sintiéndose desplazadas a pesar de tener un “hogar” físico y constantemente atormentadas por una sensación de pérdida. Asimismo, se vuelven víctimas de experiencias amargas en el país de acogida, lo cual exacerba el sentimiento de no pertenencia.

Pilar vive en un conflicto constante con su madre Lourdes: “mi madre me está volviendo loca” (García, 1992: 59) e incluso es testigo de cómo sus padres se alejan uno del otro, así como de las aventuras de su padre: “se ve como un niño, riéndose y animado y susurrando al oído de esta mujer”

(García, 1992: 25). En el lado personal, ella sufre un desamor cuando descubre que su novio, Rubén Florín, ha estado engañándola: “Lo encuentro cogiendo con la estudiante holandesa de intercambio que me presentó la semana pasada” (García, 1992: 180).

Los incidentes desagradables hacen que se distancie más del país anfitrión y quiere escapar a algún lugar que le signifique una promesa de positividad: “Extraño a mi abuela y desearía nunca haber dejado Cuba” (García, 1992: 59). Por su parte, Yolanda experimenta problemas en el aspecto personal que la hacen cuestionarse su estancia en Estados Unidos. Ambos encuentros románticos terminan en desastre como resultado de la influencia dominante que su cultura y lengua maternas ejercen sobre ella. Además, la postura de Yolanda es conservadora respecto a la intimidad física: “Nos acostábamos [...] abrazados y besándonos, mientras la mano de Rudy exploraba por debajo de mi blusa, pero si bajaba un poco más, lo alejaba” (Álvarez, 2004: 96). Luego, su primer novio, Rudy Emenhurst, rompe con ella: “Pensé que serías de sangre caliente siendo española y todo esto, y que bajo de toda esa mierda católica serías libre [...] pero, Jesús, eres peor que una maldita puritana” (Álvarez, 2004: 99); sin embargo, había sido educada en un ambiente conservador, según las normas dominicanas: “en República Dominicana [...] la mujer o jovencita, por su parte, debe ser pura, inocente y fiel sin medida [...] como la virgen María: pura, sumisa y abnegada” (Zakrzewski Brown, 1999: 88).

Yolanda “maldice su origen inmigrante” (Álvarez, 2004: 94), ya que le impide comportarse como una mujer o bien estadounidense o bien dominicana. Su falta de pertenencia muestra que, al ser estadounidense con una educación dominicana tradicional, “me esperaba una vida fría y sola en este país” (Álvarez, 2004: 99). Su posterior matrimonio con John también termina en desastre debido a la incompatibilidad lingüística: “Simplemente no hablábamos el mismo idioma” (Álvarez, 2004: 81). Sus angustiosas vivencias en sus relaciones interpersonales le reiteran las dificultades de pertenecer: “Nunca encontraría a nadie que pudiera entender mi peculiar mezcla entre catolicismo y agnosticismo, de estilos hispánicos y estadounidenses” (Álvarez, 2004: 99), fortaleciendo así su decisión de volver al país de origen.

La falta de pertenencia de Pilar y Yolanda genera en ellas un deseo por regresar a la patria, característico del sujeto diaspórico, aspectos existenciales del deseo de regresar están vinculados con el aparente impulso de

encontrarse “a uno mismo”, de descubrir conexiones arraigadas al pasado que proporcionen significado y valor en la vida contemporánea (Cochrane, 2015). Yuxtaponiendo sus turbulentos presentes con un pasado idealizado y parcialmente construido, el anhelo por el país de origen demuestra cómo la memoria diaspórica trabaja para construir un pasado ideal:

en lugar de huellas mentales o de una semejanza icónica, la memoria se forma a través de elaborados mapas mentales que cambian con el tiempo. La memoria es la construcción o reconstrucción de lo que realmente sucedió en el pasado. La memoria está distorsionada por necesidades, deseos, intereses y fantasías. Subjetiva y maleable, más que objetiva y concreta, la memoria es emocional, conceptual, contextual, en constante revisión, selección, interpretación, distorsión y reconstrucción (Hua, 2005: 198).

Cristina García y Julia Álvarez, a través de Pilar y Yolanda, respectivamente, ponen en relieve cómo los individuos diaspóricos “frecuentemente se sienten alienados en el país anfitrión” (Hua, 2005: 193) y este sentimiento conduce a una indulgencia hacia un pasado idealizado que puede o no ser real: “la memoria no revive el pasado, lo construye” (Hua, 2005: 198). Así, angustiadas por las circunstancias actuales, ambas albergan un deseo de regresar, pues, como opina Naomi Klein, una memoria colectiva del país de origen —a veces inventado— impregna las culturas diaspóricas y alimenta un deseo central de la diáspora: el deseo de regresar (Cochrane, 2015) e integrarse exitosamente en un país de origen idealizado. La existencia de un país de origen, piensa Klein, quizá sumada a cualquier otro asunto, da forma a las culturas diaspóricas (Cochrane, 2015).

En *Soñar en cubano*, Pilar desea regresar a Cuba para averiguar “a dónde pertenecía” (García, 1992: 58) y la patria idealizada que construyó sirve como destino, pues “las patrias imaginarias no están simplemente ahí para ser recuperadas: ya multiplicadas e interconectadas a otros lugares, se transforman aún más por los estragos del tiempo, transfiguradas a través de las lentes de las pérdidas y la nostalgia, construidas en la búsqueda” (Hirsch y Miller, 2011: 3).

Frustrada y “harta de todo lo que hay aquí” (García, 1992: 25) en Estados Unidos, Pilar desea abrir su camino hacia Cuba (García, 1992: 26), sólo para establecer un sentido de pertenencia. De manera similar, Yolanda, habiendo experimentado “demasiadas paradas en el camino de los últimos veintinueve

años desde que su familia abandonó esta isla, ella y sus hermanas han llevado una vida tan turbulenta, con tantos esposos, hogares, trabajos, giros equivocados entre ellos” (Álvarez, 2004: 11). Desea regresar permanentemente a República Dominicana esperando “que éste sea mi hogar” (Álvarez, 2004: 11).

El retorno

Las protagonistas logran regresar a sus perspectivas patrias con gran optimismo. Ambas están abatidas por las experiencias negativas en Estados Unidos y desean alcanzar todo lo que se han estado perdiendo; sin embargo, sus sueños de integrarse a sus orígenes se hacen añicos una vez que llegan e interactúan allá.

Pilar se queda extática al llegar a Cuba y conocer a su abuela: “Encuentro a la abuela Celia sentada inmóvil en su columpio de mimbre [...] me arrodillo frente a ella y presiono mi mejilla contra la suya [...] nos abrazamos” (García, 1992: 217). Inmediatamente, establece una conexión con Cuba y siente una cercanía con su patria: “Quiero quedarme más tiempo [...] aquí hay una magia que corre por mis venas. También hay algo en la vegetación a la que respondo instintivamente [...] y amo La Habana, su ruido, su decadencia y su femineidad pintada. Podría sentarme felizmente en uno de esos balcones de hierro forjado durante días o hacerle compañía a mi abuela en su pórtico” (García, 1992: 234-235); no obstante, como la migración transnacional pone en marcha un proceso de dislocación junto con el encuentro con nuevos ambientes sociales y paisajes (Werbner, 2013), Pilar pronto se da cuenta de su situación: “Probablemente, soy la única *expunk* en la isla, ¿cómo es que nadie más tiene las orejas perforadas en tres lugares?” (García, 1992: 235). Aunque el sueño de volver a su tierra natal se hace realidad, pronto se da cuenta de los matices asociados a los sujetos retornados de la diáspora, que se sienten igualmente fuera de lugar en su país de origen.

Yolanda, debido a su prolongada estancia en Estados Unidos, se ha configurado como un sujeto “bilingüe bicultural” (Grosjean citado en Spolsky, 2016: 4). Pronto se da cuenta de su posicionamiento bicultural bilingüe en la interacción con sus primos. A diferencia de su prima Lucinda, quien “con su traje de diseñador y cabello escarchado, parece una modelo

dominicana de revista” (Álvarez, 2004: 4-5), Yolanda “se ve a sí misma como ellos lo harían, desaliñada con una falda negra de algodón y un suéter, sandalias y con su cabello negro atado hacia atrás con una diadema” (Álvarez, 2004: 3).

Mientras que la conciencia de los migrantes, su conocimiento íntimo y expectativas asumidas cambian como resultado de la negociación con el sitio de acogida; los países y amigos que dejaron atrás cambian con demasiada frecuencia hasta el punto de que a su regreso se dan cuenta de que ya no están en el mismo país (Werbner, 2013). Como resultado, Yolanda también se siente alienada y excluida incluso cuando está con sus primos, que despectivamente se refieren a ella como “Miss América”: “Ahí viene, Miss América” (Álvarez, 2004: 4).

La interacción entre Yolanda y sus primos demuestra que, como dice Alfred Schütz, quien regresa a casa no es la misma persona que la dejó. No es la misma para sí ni para los que esperan su regreso (Werbner, 2013). Así, también sufre cambios como resultado de la negociación con el ambiente anfitrión, que altera la forma en la que se percibe a sí misma y cómo la perciben los demás, recordándole una y otra vez la diferencia entre su patria y el país anfitrión. Cuando expresa su deseo de viajar sola, sus tías le advierten: “Esto no es Estados Unidos [...] una mujer simplemente no viaja sola en este país” (Álvarez, 2004: 9), haciéndola consciente de la diferencia subyacente entre ambos entornos.

Su intento de integrarse con éxito a su país de origen se complica por su identidad bilingüe. Habla “un español entrecortado”, “vuelve al inglés” y es rápidamente “regañada” por sus tías: “¡En español!” (Álvarez, 2004: 7). Yolanda se queda en blanco con la palabra “antojo” (Álvarez, 2004: 8), para darse cuenta de que “sus tías tienen razón. Después de tantos años fuera, está perdiendo el español” (Álvarez, 2004: 8).

Su posición como sujeto bilingüe se vuelve aún más difícil cuando se encuentra con dos hombres en la carretera al descomponerse su carro. Ellos, que “no saben muy bien qué hacer con ella” (Álvarez, 2004: 20), la perciben como estadounidense: “¿americana?” (Álvarez, 2004: 20). Yolanda, presa del miedo e intimidada por sus tías —“te vas a perder, te van a secuestrar, te van a violar y te van a matar” (Álvarez, 2004: 17)—, pierde su español y “comienza a hablar en inglés” (Álvarez, 2004: 20), haciendo que “ambos hombres la miren sin comprender, dóciles por su español incomprensible”

(Álvarez, 2004: 20-21). El incidente resalta que, luego de su larga estancia en Estados Unidos, ha perdido su lengua materna y usa el inglés, su idioma adoptado, como protección. Entonces se vuelve “emblema del sujeto bicultural”, y la influencia que la cultura dominante estadounidense tiene sobre ella “se manifiesta en sus dificultades para hablar español, [y] en la ropa que lleva puesta” (Matas Llorente, 2001: 74). En una situación difícil, ella deja ir el español y utiliza el inglés como medio de interacción, lo cual evidencia una mayor separación de su patria. El encuentro con sus primos y los dos hombres no le parece muy acogedor: “porque los migrantes diaspóricos retornados tienen expectativas previas de pertenencia étnica en su país de origen ancestral, y la mayoría de ellos están muy sorprendidos, si no es que conmocionados, por su rechazo étnico y la exclusión social. Como las imágenes previas idealizadas y nostálgicas de su país ancestral son seriamente cuestionadas, se vuelven minorías inmigrantes culturalmente alienadas cuyos miembros son extraños en su país de origen étnico” (Tsuda, 2013: 178).

A diferencia de Yolanda, Pilar responde positivamente a su país de origen y a su idioma: “He comenzado a soñar en español, lo cual nunca me había pasado antes. Despierto sintiéndome diferente como si algo dentro de mí estuviera cambiando, algo químico e irreversible” (García, 1992: 235). Aunque la respuesta de Pilar es positiva y posibilita un eventual asentamiento, ella misma se niega esa oportunidad: “tengo miedo de perder todo esto, de perder a la abuela Celia otra vez, pero tarde o temprano tendré que volver a Nueva York. Ahora sé que es el lugar al que pertenezco, no en lugar de aquí pero más que aquí” (García, 1992: 236). Esto señala que, “aunque a menudo fueron minorías en sus países natales por su ascendencia extranjera, vuelven a ser minorías étnicas cuando regresan a su país ancestral, esta vez por su extranjería cultural” (Tsuda, 2013: 178).

Conclusiones

En *Soñar en cubano*, de Cristina García, Pilar nace en Cuba, pero es llevada a Estados Unidos a los dos años de edad; no obstante, mantiene una conexión con su país de origen y forma un fuerte vínculo con su abuela materna, Celia, que aún reside allá. Sueña con un eventual regreso a Cuba y desea establecerse ahí. Por otro lado, en *De cómo las hermanas García perdieron el*

acento, de Julia Álvarez, Yolanda es una joven dominicana que crece en Estados Unidos; sin embargo, nunca se consolida como estadounidense y su vida ahí se ve afectada por la influencia dominante de su cultura y lengua maternas. Frustrada por el constante conflicto, regresa a República Dominicana, donde espera pasar el resto de su vida.

El hilo que conecta a Pilar y a Yolanda es que ambas se alejan de su patria debido a circunstancias desagradables a una edad muy temprana. Mientras que la primera abandona Cuba después de iniciada la revolución, Yolanda y su familia huyen del régimen dictatorial de Rafael Trujillo. Como resultado de la migración forzada, y a pesar de varios intentos, ninguna logra pertenecer a la sociedad de acogida y albergan el deseo de regresar al origen. Otro punto en común es que ambas consiguen volver a la patria; sin embargo, la diferencia radica en la realización que cada cual encuentra: Pilar se da cuenta de que debe dejar su patria y volver a Estados Unidos; Yolanda advierte que no es fácil integrarse a la cultura de origen después de una larga separación. Por lo tanto, se destaca que los sujetos diaspóricos son atormentados por una sensación de pérdida en el país anfitrión, que les dificulta sentirse como en casa.

Este sentimiento de falta de hogar fomenta el anhelo de volver a la patria. El sujeto diaspórico siente que pertenece más a aquélla que al país anfitrión. Las estructuras familiares de la familia, la comunidad, el paisaje, etcétera, que los sujetos diaspóricos dejan atrás en el origen terminan por atraerlos; no obstante, las perspectivas de éxito en el retorno y la integración son más difíciles de lo que piensa el sujeto diaspórico.

El hecho de que las estructuras familiares hayan sufrido un cambio durante el periodo de ausencia hace que la integración sea un proceso duro. A través de los personajes de Pilar y Yolanda se desmiente el mito del éxito en el retorno y la integración a la patria. Ambas logran regresar a Cuba y a República Dominicana, respectivamente, y mientras Pilar acaba por darse cuenta de que culturalmente es una extranjera en Cuba y que debe regresar al país anfitrión, al que pertenece más que a Cuba, Yolanda se empeña en permanecer en la patria, aun cuando es consciente de su posición como sujeto bicultural y bilingüe, resultado de una larga negociación entre dos culturas y dos lenguas. No es percibida como dominicana ni por su familia ni por la gente que encuentra en su camino, y todos se refieren a ella como estadounidense. Además, en un momento de crisis elige su lengua

de adopción, lo que simboliza aún más el alejamiento de su patria. Estos factores hacen que su integración a la patria sea un proceso difícil.

Por lo tanto, el presente análisis destaca que la diáspora no se siente “como en casa” ni en el país anfitrión ni en el de origen. Mientras que el primero les parece extraño, los migrantes retornados son percibidos como extranjeros en su patria, demostrando que la reintegración exitosa, en el caso de la diáspora, sigue siendo, como se dijo, un mito.

Fuentes

ABBINK, JON, ATSUKO MATSUOKA y JOHN SORENSON

2001 *Ghosts and Shadows: Construction of Identity and Community in an African Diaspora*. Toronto: University of Toronto Press.

AGNEW, VIJAY, ed.

2005 *Diaspora, Memory, and Identity: A Search for Home*. Toronto: University of Toronto Press.

ÁLVAREZ, JULIA

2004 *How the Garcia Girls Lost their Accents*. Londres: Bloomsbury.

ATKINS, G. P. y LARMAN C. WILSON

1988 *The Dominican Republic and the United States: from Imperialism to Transnationalism*. Athens, Georgia: University of Georgia Press.

BRUBAKER, ROGERS

2005 “The ‘Diaspora’ Diaspora”, *Ethnic and Racial Studies* 28, no. 1: 1-19.

CENGAGE LEARNING GALE

2016 *A Study Guide for Cristina García’s Dreaming in Cuban*. Michigan: GALE.

CHAFFEE, WILBER y GARY PREVOST, eds.

1992 *Cuba: A Different America*. Maryland: Rowman & Littlefield.

CIMENT, JAMES y JOHN RADZILOWSKI

2015 *American Immigration: An Encyclopedia of Political, Social, and Cultural Change*. Nueva York: Routledge.

COCHRANE, FEARGAL

2015 *Migration and Security in the Global Age: Diaspora Communities and Conflict*. Oxon, GB: Routledge, epub.

COHEN, ROBIN

2008 *Global Diasporas: An Introduction*. Oxon, GB: Routledge.

DERBY, LAUREN H.

2009 *The Dictator's Seduction: Politics and the Popular Imagination in the Era of Trujillo*. Durham: Duke University Press.

DIETERLE, DAVID A. ed.

2017 *Economics: The Definitive Encyclopedia from Theory to Practice. Vol. I*. Westport: Greenwood Publishing Group.

DUNLOP, RISHNA

2005 "Memories of a Sirdar's Daughter in Canada: Hybridity and Writing Home", en Vijay Agnew, ed., *Diaspora, Memory, and Identity: A Search for Home*. Toronto: University of Toronto Press, 115-151.

GARCÍA, CRISTINA

1992 *Dreaming in Cuban*. Nueva York: Ballentine Books.

GARCÍA, MARÍA CRISTINA

1996 *Havana USA: Cuban Exiles and Cuban Americans in South Florida, 1959-1994*. Berkeley: University of California Press.

HIRSCH, MARIANNE y NANCY K. MILLER, eds.

2011 *Rites of Return: Diaspora Politics and the Politics of Memory*. Nueva York: Columbia University Press.

HUA, ANH

2005 “Diaspora and Cultural Memory”, en Vijay Agnew, ed., *Diaspora, Memory, and Identity: A Search for Home*. Toronto: University of Toronto Press, 191-208.

MASUD-PILOTO, FÉLIX ROBERTO

1996 *From Welcomed Exiles to Illegal Immigrants*. Maryland: Rowman & Littlefield.

MATAS LLORENTE, MANUELA

2001 “And Why did the García Girls Lose their Accents? Language, Identity, and the Immigrant Experience in Julia Alvarez’s *How the García Girls Lost Their Accents*”, *Revista de Estudios Norteamericanos*, no. 8 (septiembre): 69-75, en <https://revistascientificas.us.es/index.php/ESTUDIOS_NORTEAMERICANOS/article/view/10568/9288>.

PHILLIPS, DOUGLAS A.

2010 *The Dominican Republic*. Nueva York: Chelsea House Publishers.

SAFRAN, WILLIAM

1991 “Diasporas in Modern Societies: Myths of Homeland and Return”, *Diaspora: A Journal of Transnational Studies* I, no. 1 (primavera): 83-99.

SHEEHAN, SEAN y LESLIE JERMYN

2006 *Cultures of the World: Cuba*. Nueva York: Marshall Cavendish.

SPOLSKY, BERNARD

2016 *The Language of Diaspora and Return*. Países Bajos: Brill.

TORRES-SAILLANT, SILVIO y RAMONA HERNÁNDEZ

1998 *The Dominican Americans*. Westport: Greenwood Publishing Group.

TRUE, JACQUI

2012 *Political Economy of Violence against Women*. Nueva York: Oxford University Press.

TSUDA, TAKEYUKI

2013 “Ambivalent Encounters with the Ethnic Homeland”, en Ato Quayson y Girish Daswani, eds., *A Companion to Diaspora and Transnationalism*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons, en <<https://arenet.org/img/A%20Companion%20to%20Diaspora%20and%20Transnationalism.pdf>>.

WEAVER, THOMAS, ed.

1994 *Handbook of Hispanic Cultures in the United States: Anthropology*. Houston: Arte Público Press.

WERBNER, PNINA

2013 “Between Simultaneity and Rupture”, en Ato Quayson y Girish Daswani, eds., *A Companion to Diaspora and Transnationalism*. Nueva Jersey: John Wiley & Sons, epub.

WRIGHT, ROBERT ANTHONY y LANA WYLIE, eds.

2009 *Our Place in the Sun: Canada and Cuba in the Castro Era*. Toronto: University of Toronto Press.

ZAKRZEWSKI BROWN, ISABEL

1999 *Culture and Customs of the Dominican Republic*. Westport: Greenwood Publishing Group.